

CAPÍTULO 8

Entrevista a Raquel Bozzolo

Camila Aquino, Martín Agrazar y Alejo Díaz Kreclevich

Raquel Bozzolo (La Plata, Provincia de Buenos Aires, 23 de septiembre de 1946) es Psicóloga Clínica por la Universidad Nacional de La Plata (1970). Ha sido Profesora Titular Ordinaria de la cátedra Psicoterapia II de la Facultad de Psicología de la UNLP (2002-2013) y miembro del primer Consejo Académico de la Facultad de Psicología (2006-2010). Durante los dos primeros años de la década de 1960 vivió en La Habana, Cuba. De regreso a la Argentina, participó en las luchas estudiantiles y docentes de esos años y comenzó a estudiar Psicología en 1966. Durante la dictadura cívico-militar iniciada en 1976, se unió al trabajo de la resistencia que realizaban las Madres de Plaza de Mayo, formando parte del Equipo de Asistencia Psicológica. Participó como docente y analista institucional en la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupos y de los grupos de estudio privados coordinados por Ignacio Lewckowicz, hasta 2004. En 2008 publicó, junto a Osvaldo Bonano y Marta L'Hoste, el libro titulado El oficio de intervenir. Políticas de subjetivación en grupos e instituciones, apoyado en dos décadas de trabajo con grupos e instituciones. Actualmente continúa sus tareas como docente en distintos posgrados del país, coordina grupos de estudio y ejerce la práctica clínica privada.

En esta entrevista, Bozzolo se refiere a sus primeras experiencias con la psicología, a la coyuntura cultural, política e institucional de la década de los años 60 y 70, así como a su participación en diferentes organizaciones sociales y a su interés por los fenómenos colectivos, los grupos y las instituciones.

—Nos gustaría comenzar preguntándote por tu llegada a la Carrera de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata. ¿Qué te llevó a elegir esta carrera?

[R.B.] Bueno un poco de azar y un poco de búsqueda. Yo quería ser socióloga, pero la carrera de Sociología no estaba en La Plata.

— ¿Vos sos de la ciudad de La Plata?

Hoy me cuesta decir que soy de La Plata, porque ya he vivido más años en Buenos Aires [Ciudad Autónoma de Buenos Aires] de los que viví en La Plata. Un día me dio vergüenza la proclamación de extranjería que hacía cada vez que me presentaban y dije ¡basta de decir que no soy de acá! Creo que me costaba mucho la migración a Buenos Aires; me costó mucho porque fue efecto del terror de los tiempos de la pre-dictadura, entonces eso me quedó marcado.

Nací en La Plata, porque mis padres eran de La Plata, y después viví en Comodoro Rivadavia toda mi infancia. Después, otro año y medio en La Plata, y un año y medio en Buenos Aires. Porque mi padre era geólogo de YPF [Yacimientos Petrolíferos Fiscales], de cuando el Estado-Nación era fuerte y ejercía su plena potencia. Mi papá era hijo de almacenero y durante la crisis del 30 quebró, no tenían ni un centavo en la casa, eran muchos hermanos, quería estudiar medicina y no le alcanzaba el dinero ni podía obtenerlo de ningún trabajo. Pero YPF convocó a becas de estudiantes universitarios, la propuesta era sostenerles la carrera en Ciencias Naturales, porque la carrera de Geología no existía. Es muy interesante esa anécdota para mí, porque marca una cosa de época importante: un Estado que otorga becas, porque necesita explotar petróleo y de paso producir geólogos, implica todo un proyecto de nación y de universidad. Todo becado tenía que tener muy buenas notas y sus cursadas al día. Los compañeros lo criticaban porque era activista, pero tenía que “carnear” [rompehuelgas; quien no cumple con la huelga y decide continuar las actividades con normalidad], porque no podía dejar pasar las fechas de examen por la beca. Se recibió de geólogo, se doctoró en petróleo, y cumpliendo el acuerdo pactado en la beca, una vez graduado, brindó servicio durante diez años trabajando en YPF. Lo destinaron a Comodoro Rivadavia y allí vivimos hasta el 1955. Cuando ya era jefe del yacimiento cayó [Juan Domingo] Perón. Mi viejo, de ser de izquierda de jovencito, se había pasado al peronismo, creo que esto fue parte del fenómeno del “entrismo” de la izquierda en el peronismo. Por supuesto, luego del golpe de la denominada Revolución Libertadora, a los peronistas, los desplazaron de sus puestos y los castigaron destinándolos a los yacimientos más lejos y con menos confort. Nos mandaban a Salta, a Vespucio, como castigo. Mientras esperábamos en La Plata el nuevo destino, empezó a reordenarse el país y [Arturo] Frondizi, en pacto con Perón, empezó a hacer su campaña como candidato a la presidencia, basada en la defensa del petróleo nacional. Mi viejo se enganchó con Frondizi. Pero Frondizi gana y traiciona la causa del petróleo nacional, haciendo contratos con las empresas petroleras extranjeras. Cuando esto ocurre mi viejo toma distancia de Frondizi, con lo cual pierde la posibilidad de hacer efectivo el nombramiento de miembro del directorio de YPF que había ganado en elecciones de la empresa. Y en ese momento de cierto desasosiego familiar, viviendo ya en Buenos Aires, intervino el azar: mi viejo se encuentra con un amigo de La Plata en la calle, que le dice “en ‘la isla’ necesitan geólogos”. Y luego de algunos balbuceos, consultas y trámites, mis viejos resolvieron que nos íbamos a Cuba, donde vivimos unos años. Fue todo un salto para toda la familia. A sólo dos años de triunfada la Revolución, se había fundado el Instituto Cubano del Petróleo dependiendo del Ministerio de Energía y su ministro era Ernesto Guevara.

Resumiendo, nací en La Plata, pero no puedo decir que soy platense, porque nunca lo fui del todo. Entonces, soy de La Plata en algunos aspectos, pero cuando volví de Cuba fue difícil la adaptación a La Plata. Cuba estaba en una conmoción tremenda, pero una hermosa conmoción. Nosotros fuimos a vivir al año siguiente de la Revolución. Con mi hermano menor, estuvimos del 60 al 62. Estábamos cuando se declaró socialista la Revolución y también cuando se produjo la invasión norteamericana en Bahía Cochinos, muchos episodios fuertes. Siendo chica en Comodoro Rivadavia, yo me había hecho católica, mi familia era agnóstica, pero a mí me había picado

el bichito del cristianismo. Sobre todo, por el tema del trabajo con los pobres, que en la parroquia donde iba era la caridad, gente haciendo tortas para vender los domingos en misa, para ayudar, etc. En Cuba le cuestionaba a mi viejo que el auto oficial tenía un cartelito que decía “Patria o Muerte”. Yo no aceptaba eso de la muerte. También concurría a misa en La Habana.

— **¿Encontrabas algo de “lo comunitario” o de “lo colectivo” en el marco del catolicismo?**

Sí, algo de eso encontraba en el cristianismo. Después, una vez que entré en la adolescencia, todo eso ya fue [risas]. Ya no fui tan disciplinada, y la Iglesia ya no iba conmigo, con mis deseos juveniles. Mi hermano y yo volvimos de La Habana a estudiar y mis viejos se quedaron unos meses más. Llegamos antes de que yo cumpliera los quince años, rendí un año entero en forma libre y cursé el secundario perdiendo sólo un año. Primero fui al Colegio Inmaculada, y luego al Normal N° 1 [Escuela Normal Superior N° 1 “Mary O. Graham”]. En el Inmaculada me echaron, se dio una situación muy irregular que quise denunciar, sin saber que después se iba a repetir en el Normal 1 [risas], pero yo todavía no sabía mucho del mundo. Eso fue en tercer año, luego cuarto y quinto los hice en el Normal N° 1, donde me recibí de Maestra Normal Nacional. Ser maestra me gustaba.

Yo quería ser socióloga y no existía la carrera en la UNLP [Universidad Nacional de La Plata], solo en la Universidad Católica. En la secundaria tuve una profesora de Historia que fue muy importante, que me impactó mucho y me identifiqué mucho con ella. Se llamaba Irma Zucchi y hace unos años encontré su nombre en el final del listado de los desaparecidos durante la dictadura de 1976. Ella me convenció de no entrar en la única universidad que tenía sociología en La Plata: la Católica. Cuando le dije lo que iba a hacer, ella me contestó “Bozzolo, viaje a Buenos Aires, por favor, ¿cómo va a entrar ahí? ¡No va a aguantar!”. Bueno, me fui a la Facultad de Humanidades [y Ciencias de la Educación de la UNLP] a ver qué podía estudiar, porque no me daba el tiempo para viajar y no quería volver a mudarme y empezar otra vez en otro lado.

— **¿En qué año?**

Yo ingresé en el 66, porque fue el golpe de [Juan Carlos] Onganía a mitad de año. Me anoté en tres carreras: Filosofía, Historia y Psicología. Pero la única que tenía curso de ingreso era Psicología, y en el verano tenía mucha ansiedad por empezar... en el Curso de Ingreso me enganché con una profesora de Biología que enseñaba los recientes descubrimientos de la genética, y me fascinó.

— **¿En Psicología?**

Sí, en el Curso de Ingreso, había Estadística y Biología Humana, y ella daba genética.

— **¿Cómo se llamaba esa Profesora?**

No me acuerdo, habría que rastrear. Era una bióloga recibida del Museo de La Plata [Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata], y había sido compañera de mi papá, también en el Museo. Fueron compañeros de cursada de la Carrera. Y esta Profesora fue muy buena docente, con mucho ánimo, entusiasta. Éramos 350 alumnos en el Ingreso, o entramos esa cantidad, no recuerdo. Cursábamos los Teóricos en el Aula Magna del actual Liceo [Colegio Liceo Víctor Mercante, de la Universidad Nacional de La Plata] que tiene el escenario alto, y ahí se hicieron todas las asambleas de los años 60. Empecé a cursar Psicología, y

también Introducción a la Historia y a la Filosofía. En Introducción a la Psicología estaba Luis María Ravagnan, que era un tipo muy interesante, fenomenólogo existencial, me encantaba escucharlo. Luego fui ayudante alumna de su cátedra.

— **¿Qué contenidos veían con [Luis María] Ravagnan?**

Recuerdo un librito de EUDEBA [Editorial Universitaria de Buenos Aires] de [Jean Claude] Filloux, ¿Qué dábamos? “Qué es la personalidad”. Habremos leído algo de [Henri] Bergson, también algo de [Gordon] Allport. Daba muy buenas clases expositivas en los teóricos. Teníamos teóricos y prácticos, los teóricos no eran obligatorios, íbamos los *nerds* —en ese entonces, “tragas”—, pero en primer año íbamos muchos. Los prácticos consistían en leer un material fotocopiado y discutirlo, muy ordenadamente en ese entonces. La población estudiantil era masivamente de la Provincia de Buenos Aires, y de países cercanos, además de un porcentaje de un 20% o 30% de platenses. Platenses de clase media, como yo. Ese año me fui separando de los platenses, me parecía que la gente del interior era muchísimo más interesante y no tenían ciertos rasgos de los platenses, que no me iban: eran un poco rígidos, con códigos más cerrados.

En primer año mis compañeros se iban enterando que había vivido en Cuba. Yo lo contaba siempre para discutir, sobre todo cuando salía algún compañero a decir “el socialismo o el comunismo es imposible, los humanos siempre queremos más”, yo decía “eso de la naturaleza humana no es cierto”. Entonces se armaba discusión. Me había quedado una marca muy fuerte de Cuba: una convicción profunda de que las condiciones de existencia hacen que uno sea lo que es. Nos tocó haber estado en La Habana cuando se hizo la Reforma Urbana, es decir cuando los inquilinos de los departamentos amueblados que había en La Habana —cuyos dueños vivían en Miami— fueron confiscados por el Estado para ser otorgados a los que no tenían vivienda propia, dándoles la propiedad en cuotas equivalentes al alquiler. Los cubanos, no propietarios, e incluso mis padres, que eran extranjeros, podían ser dueños si seguían pagando ese alquiler al Estado. Los dueños que vivían en USA quedaron sin sus propiedades, sin torres enteras de edificios. Fue una experiencia fuerte ver a mi mamá, que era una consumista clásica y no simpatizaba en un principio con la Revolución, emocionarse con esa reforma. También, luego se produjo el bloqueo norteamericano, que impedía la llegada de muchas cosas indispensables, empezaron a faltar medicamentos. Recuerdo que tuve una otitis, y, en situaciones así, había que bancárselo. Yo veía cómo mi mamá, que no era una mina de izquierda, se iba transformando.

Un recuerdo, una marca de esa época: lo conocí al Che [Ernesto] Guevara. Lo digo porque es —aún todavía— un emblema para muchos de nuestra generación, sobre todo los que quedamos conmovidos por esa revolución. Los funcionarios de todo rango, los fines de semana debían hacer trabajo voluntario, trabajo manual, se abandonaba el trabajo propio y se hacía trabajo manual. Un sábado, que mi viejo sabía que el Che estaba trabajando en una obra en construcción cercana, nos llevó a conocerlo y a ver ese trabajo. Guevara fue uno de los ideólogos de esa modalidad de trabajo voluntario. Mi papá trabajaba con él, en el Instituto Cubano del Petróleo. En esa generación —sobre todo los argentinos— se trataban con apellido, mi papa le decía “Guevara”, no era el Che, no era un personaje, era un funcionario con la aureola de haber sido parte de la gesta de la Sierra Maestra, pero personalmente era la sobriedad. Ese día lo fuimos a

conocer con mi hermano, lo tenemos filmado en una película Súper 8, mientras seguía poniendo mezcla entre los ladrillos e intercambiamos algunas palabras cuando mi viejo nos presentó.

Bueno, volviendo. Durante la cursada de primer año, abandoné Filosofía e Historia. Me entusias mó más la Psicología.

— **¿No tenía algún conocimiento previo sobre Psicología?**

Yo no tenía mucho saber sobre Psicología. Por la curiosidad de los jóvenes de esa época, mi papá había leído a Freud, así que cuando le conté que habíamos empezado con *La Interpretación de los Sueños*, como era bastante “fanfa” [fanfarrón], me lo quería explicar. Obviamente no me interesaba su explicación. Pero bueno, digamos que no había mucho saber, pero Psicología y Sociología eran las nuevas carreras y el número de inscriptos se incrementaba todos los años. Había tenido una muy buena profesora de Psicología en el Normal, se llamaba Raquel de Sangiácomo. Estaba también la práctica con la profesora de Historia que me había marcado mucho, y las cuestiones con que el psicoanálisis revolucionaba la psicología, en todo el mundo, empezaban a presentarse.

En mi cama de soltera, en la pared de atrás, tenía todas las frases de los grafitis de Mayo del 68 pegadas en la pared. Y esa era la imaginación que me interesaba más: leía a [Jean-Paul] Sartre y luego leí con entusiasmo a [Herbert] Marcuse. La psicología por el lado de la filosofía y la revuelta. El movimiento de obreros y estudiantes franceses y sus consignas fue una influencia muy importante en muchos, porque hay que ver que nuestra carrera en la UNLP [Universidad Nacional de La Plata], así como cuenta Alejandro Dagfal en su tesis, tiene un origen psicotécnico en las escuelas, era cercana a la pedagogía y a una clínica de los “chicos problemas”. Es decir, era normalizante, en términos de lo que nos preocupa todavía hoy en día: la adaptación a lo establecido y no la imaginación de otros mundos posibles.

La formación en La Plata estuvo muy atravesada por la actividad política de esos años. Fuimos muchos los universitarios que nos sentimos convocados por ese clima de lo que sucedía en Europa, en América Latina y en la Guerra de Vietnam, y ahí sí, como universitarios, el esfuerzo era pensar cómo los estudiantes podían contribuir con “la revolución”. Fueron años de protestas obreras y estudiantiles en todo el país. Recuperé el año perdido del secundario y terminé de cursar en 1969.

— **¿Y cómo era el armado de la Carrera [de Psicología, UNLP] en tu época?**

Eran cinco años. Yo soy del Plan de Estudio que tenía un ciclo básico y tres orientaciones electivas, que se dictaban en dos años: Clínica, Educacional y Laboral; además estaba el Profesorado. La orientación más prestigiada era la Clínica y también el Profesorado. Yo también hubiera hecho el Profesorado, pero me embalé con la clínica, y no podía cursar dos especialidades, militaba y el tiempo no alcanzaba para todo. Y cuando terminé la carrera estaba militando mucho y la represión era muy fuerte... Lo que me tuvo muy ocupada.

— **¿Cómo se organizaba? ¿Eran ramas independientes del Profesorado?**

No recuerdo mucho de lo que no fue mi opción. Había materias comunes con otros profesorado s de Humanidades [Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación]. Las introducciones, a la historia a la filosofía, etc., eran comunes a los profesorado s. Hasta tercer año

del ciclo básico, primero, segundo y tercero, yo cursé y rendí muchas materias. Había comenzado a trabajar como asistente haciendo suplencias en el Gabinete del Colegio Nacional [Rafael Hernández, Universidad Nacional de La Plata]. Entré a laburar cuando [Juan Carlos] Onganía echó a mi viejo de YPF [Yacimientos Petrolíferos Fiscales] por haber vivido en Cuba. Se produjo un *crack*, porque habíamos vivido siempre de ese trabajo, así que tuvimos que ponernos a buscar algún laburo. Yo pedí una beca en la Facultad para pagar los apuntes de la bibliografía. Mi mamá —que enseñaba inglés en colegios secundarios industriales—, conocía al rector del Colegio Nacional y había una posibilidad de hacer una suplencia. El trabajo era administrar *tests* y hacer entrevistas, unas técnicas bastante aburridas de orientación vocacional, pero con el tiempo empecé a hacer reuniones de grupo para la orientación vocacional. Había una joven psicodramatista, Elena Bogliano —creo sigue viviendo en La Plata— a la que me sumé para hacer algo de actividades grupales con las divisiones que tenían conflictos. Y fue una buena experiencia inicial sobre la potencia de los grupos. En el Gabinete del Colegio hice suplencias cortas, de meses, a veces de un año, y eso me permitió sumar antigüedad para jubilarme hace unos años en la Facultad.

—Bueno, hiciste esas suplencias mientras cursabas el ciclo básico, ¿y después?

Las hice desde tercero, luego ya graduada quedé trabajando en el gabinete, pero en el año 1974 se produjo una situación muy grave: nos echaron a todos los interinos de las universidades nacionales. Yo elegí la orientación Clínica, porque era la que tenía psicoanálisis y era la más interesante y nueva. Estaba Emilio Dupetit, que era un psicoanalista bastante original, dando clases era muy carismático y me atrajo cursar con él. En La Plata había dos psicoanalistas muy conocidos: Emilio Dupetit y Jorge Montenegro.

—Entrevistamos a Rosa Heins, y ella también nos hablaba de Jorge Montenegro y de este período. Y nos decía que era muy amiga tuya y de Ana María Fernández.

Sí, nosotras armamos un lindo grupo al empezar el ciclo de especialización, estábamos con Marta Di Paolo, que falleció hace unos años, y algunos compañeros más. Ambas eran mayores que yo. Rosa [Heins] ya había hecho una carrera, era Contadora. Había venido de Mar del Plata y luego de que se recibió el marido y empezó a trabajar como médico psicoanalista, ella comenzó Psicología, entonces tenía diez años más que nosotros. Fuimos un grupo muy activo en la Facultad, fueron muy intensos esos años y fue también muy intensa esa amistad. Para preparar materias y dar los finales, nos levantábamos a las cinco y media de la mañana. Nos gustaba mucho estudiar, metíamos materias una atrás de la otra, y también éramos bastante activas en las luchas de la Facultad. Rosa, que tenía auto, nos llevaba y traía a reuniones, íbamos a manifestaciones, a pegar carteles y esas cosas de aquella época. Era parte de la logística necesaria. Rosa tenía diez años más, más experiencia, mucha cancha para moverse y una semblanza de “señora platense seria” que venía bárbaro. Ella había participado en un grupo grande de amigos que lo consultaron a [Enrique] Pichón [Rivière] y le pidieron una intervención, así que Rosa contaba como una experiencia muy interesante. Compartimos las cursadas, los apuntes, pero también las luchas en la carrera. Luchábamos por concursos docentes, donde pudiéramos participar estudiantes y lógicamente también estaba la fiesta. Nos gustaba mucho bailar, festejábamos los

fin de año juntos y recuerdo que nuestra camada festejó el fin de la cursada en ATULP [Asociación de Trabajadores de la Universidad Nacional de La Plata], la sede del sindicato de los no docentes, que nos prestó el sindicato para festejar bailando.

Cuando nos recibimos, con Rosa y otra compañera más joven, Betty Coccia, nos fuimos de viaje al Cuzco, en ese momento mi papá vivía en Lima. Yo quería hacer ese viaje consagratorio que a muchos nos entusiasmaba, conocer Bolivia, ir al Perú. Había un gran interés en Latinoamérica, sobre todo entre los más activos o militantes.

— **¿Militaban en un partido? ¿O qué tipo de militancia tenían?**

Al principio de la carrera yo activé muy poco, como estudiante independiente. Épocas en las que decía a todos los que se me acercaban “yo soy estudiante independiente, yo leo tu volante, pero no me quieras afiliar...” Era bastante crítica, pero los escuchaba. Estábamos en un período que luego se denominó “dictablanda”, la dictadura de [Juan Carlos] Onganía, que fue blanda en comparación con la de 1976. Cuando comenzó una huelga grande en la destilería de YPF [Yacimientos Petrolíferos Fiscales], no sé si fue en el 67, donde despidieron a muchos trabajadores, algunos empezaron a ser taxistas, surgió la solidaridad bajo la consigna “obreros y estudiantes unidos y adelante”. Estos taxistas fueron los que nos ayudaron en la época del Cordobazo [29 y 30 de Mayo de 1969] con los taxis. La Plata se comienza a movilizar con huelgas y demás luchas, y yo ahí me comienzo a acercar a lo que era el FAUDI [Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda] un frente estudiantil de agrupaciones de izquierda revolucionaria. Ya había recibido un documento de un grupo del PC [Partido Comunista] que se estaba alejando de la Unión Soviética, y criticaban la invasión de la Unión Soviética a Checoslovaquia, y ese fue el primer material que leí con verdadero interés y me acercó a lo que luego sería el PCR [Partido Comunista Revolucionario]. En realidad, yo no sabía tanto qué hacía el PC, sabía que en Cuba había sido un debate. Se sabía que había diferencias entre Fidel [Castro] y el Che [Ernesto Guevara], sabíamos que el Che apuntaba más a otro tipo de revolución y a no depender de los soviéticos, y que se fue también por eso. Yo, más allá de las líneas que leía, de corazón era Guevarista, y la influencia de la Revolución Cubana fue gigante en nuestra época, fue como abrir un posible inesperado, una revuelta triunfante, nos animaba el alma. La foto del Che no era un emblema de consumo, era la foto del Che en la Conferencia de Punta del Este, cuando hizo un discurso maravilloso. Guevara reunía varios de los rasgos que admirábamos muchos jóvenes. Luego fui dándome cuenta de que el Che fue el primer tipo que conocí que postulaba la importancia de lo que hoy llamamos micropolítica en los procesos de subjetivación, cuando habla del “hombre nuevo”. No postulaba una utopía de sociedad ideal, sino que apuntaba a una transformación en las prácticas de la vida que hoy podríamos ligar con lo denominado micropolítica, con desprenderse de los rasgos de la subjetivación capitalista.

En un momento fuimos al Cuzco, pasamos por Bolivia, y fuimos al Centro de Estudiantes de Oruro, donde había estudiantes de la Facultad de Ingeniería que estudiaban en las minas. Ellos nos hospedaron ahí porque éramos amigos de toda la gente de la Federación Universitaria Argentina por el PCR. El PC había tenido una juventud militante muy numerosa, pero cuando se armó el PCR, lo integró casi toda esa juventud.

— ¿Y quiénes eran los personajes del PCR [Partido Comunista Revolucionario] que recuerdes?

En nuestra Facultad de Humanidades [y Ciencias de la Educación], recuerdo principalmente a Enrique Rusconi, que estudiaba Historia y de quién yo fui muy amiga. La hija estaba en el área de Género de la Universidad. Cuando yo volví a La Plata, luego de ganar el concurso de Profesora en 2002, recuerdo que fui a hablar con ella que participaba de la Dirección del Centro de Humanidades, supuse que le iba a interesar charlar con una amiga del padre que iba a ser profesora de Psicología, pero no ocurrió. La política y la Facultad ya no eran las que yo recordaba...

Definitivamente entro a militar cuando se produce el Cordobazo, que fue una gran movilización obrero-estudiantil contra el gobierno de [Juan Carlos] Onganía. Milité los dos años de formación en la clínica. En la carrera de Psicología militaba José María Galli, de quien también fui muy amiga, y que militaba todo el día. Para poder cursar, cumplía con los prácticos, pero no podía ir a los teóricos y le pasábamos los apuntes que tomábamos en clase. A José le gustaba mucho la psicología, compartimos muchas lecturas. Tanto Enrique como José María eran lo que se denominaban “cuadros políticos”, mantenían relaciones con los profesores y los no docentes, había un cierto clima democrático en la Facultad, se contaba con el apoyo de los profesores. Si algún estudiante caía preso, gestionaban su libertad, aunque no simpatizaran con la misma fuerza política.

A Enrique lo mataron el 7 de diciembre de 1974. El PCR [Partido Comunista Revolucionario] en ese momento había adoptado una posición de defensa del gobierno peronista, frente al golpe de estado que ya se anunciaba. Al reanudar nuevamente la vida institucional, el país y la ciudad estaban en medio de enfrentamientos políticos muy complejos de entender en pocas líneas. El peronismo se había enfrentado con armas, en Ezeiza, durante la llegada de [Juan Domingo] Perón de su exilio. Los diferentes grupos peronistas tenían distintas posiciones y el gobierno quedó en manos de la derecha peronista. La posición del PCR era muy cuestionada por la izquierda del peronismo, que era masiva entre los jóvenes universitarios. La izquierda también se había dividido: por un lado, estaban quienes habían adoptado una estrategia armada de cuño guerrillero, y, otros, que apostábamos a una movilización popular de tipo insurreccional. Los alineamientos internacionales de algunos grupos incidieron en esa situación. La crítica que hacía el PCR a la Unión Soviética había generado un fuerte rechazo en otros grupos de la izquierda, incluso en organizaciones peronistas.

Acá en La Plata, durante el 1975, se produce un desmantelamiento muy fuerte de los movimientos estudiantiles. Se realizan amenazas de muerte a dirigentes gremiales, aparecen estudiantes asesinados con sus cuerpos torturados en la zona de Ensenada, cunde el terror. Ese año es cuando matan a muchos activistas de distintos espacios. Entre ellos, en la Facultad, secuestran a una colega: Lidia “Chirula” [Manuela] Ridao, y permanece desaparecida mucho tiempo hasta que su cuerpo aparece en el cementerio de Avellaneda, si no me equivoco. Era una amiga y compartimos la misma comisión directiva de la Asociación de Psicólogos de La Plata. De esa misma comisión tengo la primera Revista que sacó esta Asociación de Psicólogos, le llamamos

Polémica, y ahí hay una mesa redonda donde interviene Armando Bauleo. La revista era dirigida por Ana [María] Fernández. Sacamos sólo un número. Creo que el presidente de la Asociación era Juan Carlos Domínguez [Lostaló].

— ¿Cuál era la situación de la Universidad Nacional de La Plata con [Juan Carlos] Onganía?

A los seis meses de entrar a la Facultad, el 26 de junio de 1966, se produce el golpe de estado de Onganía. Fue un golpe de estado disfrazado de nacionalismo, y como muchos de los golpes militares de nuestro país, fue apoyado por fuerzas políticas. Desde Onganía, hasta el retorno a la vida institucional de 1983, la Facultad en la que yo estudié y fui docente estuvo siempre intervenida, es decir sin Consejo Académico elegido regularmente, con un delegado de la intervención en lugar de decano. Durante el régimen militar había un clima “fulero”, donde tanto los estudiantes como los docentes fuimos perdiendo libertades. Por un tiempo hubo un Decano Interventor nazi, psiquiatra de La Plata, formado en Heidelberg, Alemania, de ultra derecha, nombrado por las autoridades del Rectorado. Se llamaba [Raúl] Ballbé y su Secretario Académico era Raúl Marazzato, que era para nosotros muy importante, porque era con el que se podía tener diálogo. El Decano había puesto un semáforo en la puerta del decanato, que nos indicaba si estaba y si podíamos esperar una audiencia. Tenía las llaves de los baños, había que pedirle las llaves del baño para poder ir a hacer pis, porque quería evitar que se llenara el baño de volantes. No nos permitían hacer carteles ni pintadas en las paredes, que siempre habían sido muros de debate de las agrupaciones de la Facultad. Después logramos volver a hacer carteleras para las agrupaciones, cada una tenía su nombre arriba y ahí podías pegar tus noticias o manifiestos. La prohibición se mantenía hasta que volvían los borradores de pizarrones metidos en tinta, que era el mejor método para hacer los carteles o pintadas en la calle y entonces se volvía a inundar de escritura las paredes. Bueno, lo más pesado era la violencia, por la presencia de armas en la Facultad. Eran portadas por los miembros de la Concentración Nacional Universitaria [CNU], fuerza de ultraderecha que irrumpía con cadenas y puños de hierro en las asambleas que se lograban convocar. No quiero dejar de recordar que la mayor parte del terror de la etapa preparatoria del golpe de estado de 1976, fue centralmente producido por la CNU. Así como en Buenos Aires [Ciudad Autónoma de Buenos Aires] actuaba la “triple A” [Alianza Anticomunista Argentina], en La Plata actuaba la CNU. A Enrique Rusconi lo matan miembros de esta agrupación, que era una fuerza dirigida por un profesor de historia del que ahora no recuerdo el nombre, muy conocido, que habían logrado que muchos de sus miembros fueran empleados como no docentes en algunas facultades. Nosotros, para poder hablar de los problemas políticos de la Facultad [de Humanidades y Ciencias de la Educación], nos íbamos a Punta Lara, hacíamos que tocábamos la guitarra en la playa, pero era para hacer una reunión. Los que podían prestaban sus casas y entrábamos en grupos chiquitos. Había persecución, había que no mostrar demasiado.

La Facultad seguía siendo un lugar hostil. Ya se había retirado la policía de la puerta, pero había momentos que volvían, se ponían con una mesita y nos palpaban en la entrada, nos pedían la libreta de estudiante. Se hablaba poco de política, se podía discutir poco de política. Se echó gente de cátedras, ese tipo de cosas pasaron. El comedor universitario de La Plata era famoso por su edificio y su menú, era la razón de que vinieran tantos estudiantes de las provincias y de

otros países de América Latina, porque era muy económico. Fue un espacio construido por un proyecto arquitectónico muy importante, concursado para ese uso, y era otro lugar donde se aprovechaba la presencia masiva de miles de estudiantes para publicitar lo que estaba pasando. Ahí también se presentaban estos sujetos con armas y amenazas. En Humanidades yo no recuerdo tiros, pero sí irrupciones y el miedo a que entraran. Había siempre gente en la puerta mirando para entrar corriendo y decir “ahí viene la CNU” y nosotros empezábamos a saltar por las ventanas en ese edificio horrendo que hizo [Juan Carlos] Onganía, que estaba en construcción. El antiguo edificio daba por la calle 6, era hermoso, lo rodeaba un bello jardín, con dos palmeras y un hermoso sillón curvo, se conectaba con una amplia escalera con [Facultad de] Derecho y el Rectorado del lado de calle 7. Entonces, cuando entraba la CNU, abríamos las ventanas de la sala del aula magna y saltábamos por la obra del edificio. Entrábamos por el costado, por una puerta chica lateral, en la calle 47.

Yo me recibí en abril de 1970, pero seguí cerca del movimiento estudiantil, sobre todo luego de haber sido detenida con varios compañeros de la Facultad, entre ellos Enrique Rusconi y José María Galli.

— ¿Estuviste detenida?

Sí, un poco más de una semana, por la Ley Anticomunista [Boletín Oficial: 29 de agosto de 1967]. Era un 8 de octubre y se planteaba hacer un acto por el aniversario de la muerte del Che [Ernesto Guevara]. Nos detuvieron unas horas antes, llevando volantes y nos juzgaron por la Ley Anticomunista. El movimiento estudiantil movilizó mucha gente de las facultades en esa semana, tanto por nosotros como por otros estudiantes de Arquitectura que habían sido detenidos antes y salimos creo que en unos diez días.

Uno o dos años antes se venía armando un gremio para los docentes universitarios de la UNLP [Universidad Nacional de La Plata]. Muy buena fue esa experiencia.

— ¿Vos fuiste parte de la organización?

Yo era una simple activista, era Jefe de Trabajos Prácticos de la cátedra de Higiene Mental, que estaba a cargo de Sylvia Bermann. Había profes que venían con larga trayectoria de profesores, de académicos. En esa época no ocupé ningún cargo académico hasta cuando, viviendo en Buenos Aires [Ciudad Autónoma de Buenos Aires], gané el concurso de Psicoterapia II, recién en 2002. En ese entonces la tarea era conseguir profesores reconocidos y que quisieran ser parte del sindicato. Ahí fue muy bueno lo que armamos, se armó una cosa muy interesante, porque los profesores y los auxiliares docentes formaban el mismo gremio y no era por claustro. La idea era defender los intereses de los docentes y debatir las políticas universitarias. Se arrió mucha gente de la Facultad de Ciencias Exactas, que tenían proyectos de fabricar medicamentos de bajo costo, de armar laboratorios nacionales, era gente muy interesante. Yo tenía un amigo que hizo bastante de eso de Exactas, estuvo preso durante la dictadura de [Jorge Rafael] Videla. Nosotros armábamos el funcionamiento, pero también interveníamos en las asambleas y discutíamos las cuestiones docentes.

Creo que es importante señalar que ese sindicato fue una ayuda para una situación que se produjo en la cátedra de Higiene Mental, donde yo era Jefa de Trabajos Prácticos. Era una materia de quinto año. Fue durante la intervención del peronismo en la Facultad [de Humanidades y Ciencias de la Educación] en 1973. Desde [Juan Carlos] Onganía no había concursos y la intervención montonera [Organización guerrillera peronista surgida en la década de 1970] tenía una concepción de la docencia distinta a la tradición de la democracia académica a través de concursos. Nosotros en esa cátedra habíamos hecho incluso un concurso interno *ad hoc*, para elegir JTP [Jefe de Trabajos Prácticos], cuando dirigía la Dra. Sylvia Bermann, que había renunciado. Bueno, la intervención nos envía una comunicación: como no teníamos Titular, designaban al Licenciado Jorge Devries como Titular. Venía de Buenos Aires y conocíamos muy poco de su producción. Cuando vino a hacerse cargo, trajo un equipo de trabajo para ocupar los cargos de Auxiliares y pretendía que renunciemos quienes no formábamos parte de su equipo. Obviamente pedimos ayuda al sindicato y se hizo el planteo ante la intervención, defendiendo el lugar de trabajo hasta el llamado a concurso, que nunca se realizó bajo la intervención peronista. En ese entonces, la bandera de los concursos era muy importante para asegurar la renovación de los puestos docentes de manera democrática.

Entonces, ordeno mis primeros pasos como docente en la Facultad: luego de haber sido dos años Auxiliar Alumna en Introducción a la Psicología, de primer año, fui Auxiliar Docente *ad honorem* en Higiene Mental, de quinto año, por el lapso de un año, y pasé a ser Jefa de Trabajos Prácticos en la misma cátedra, por medio de ese concurso interno cuyas reglas fueron consensuadas dentro del colectivo de cátedra. La responsable de esta cátedra era Sylvia Bermann, psiquiatra que venía de Buenos Aires. Era una mujer muy proactiva, con experiencia hospitalaria en Avellaneda, casada con un sanitarista y relacionada con psicoanalistas porteños como Mimí [Marie] Langer. Yo concurrí un año al Servicio de Interconsulta donde realizaba una colaboración Mimí. Lo más interesante de esa cátedra fue que hicimos toda una experiencia práctica en el Barrio Obrero de Berisso, cosa que no había en la Facultad, y Sylvia sostenía la necesidad de las prácticas en la formación de los estudiantes. Después vino Ricardo Malfé, que se enfermó y tuvo que dejar el puesto, apenas empezó a dar clases. Él había sido muchos años Titular de la cátedra de Psicología del Trabajo de la UBA [Universidad de Buenos Aires]. En la cátedra de Higiene Mental, entonces, hubo en un año tres profesores: Sylvia Bermann, Ricardo Malfé y Osvaldo Devries, que no llegó a dictar clase.

Creo que la influencia principal de algunas de las actividades comunitarias era la psiquiatría dinámica y la psicología social de [Enrique] Pichón Rivière. Me refiero a la expansión de la clínica a territorios comunitarios, hospitalarios, en la ciudad. Cursando tercer año, Armando Bauleo nos había transmitido fundamentalmente las dos experiencias fundantes de la Psicología Social Argentina: la del Hospicio de las Mercedes [llamado así desde 1880 a 1949, hoy Hospital Neuropsiquiátrico José T. Borda] donde convoca a los enfermos crónicos, ante la huelga de enfermeros, y los transforma en asistentes enfermeros para administrar la medicación a los internos, lo que constituye una intervención maravillosa. Y la segunda, la experiencia de Rosario, de ir en un tren con los jóvenes que lo seguían a Pichón, para trabajar los problemas de la ciudad en unas jornadas de

grupos y plenarios, donde convoca prostitutas, funcionarios, obreros, empleados públicos, amas de casa. Esas experiencias transmitidas y repensadas han constituido una marca que algunos tomamos para pensar dispositivos de intervención comunitaria, o institucional. Otros discípulos de Pichón Rivière tomaron más los aspectos técnicos de la coordinación de grupos operativos.

— ¿Qué se venía dando, en términos de contenidos, en los años en los que fuiste alumna de Psicología?

Les conté que, cuando ingresé, la Facultad tenía un sesgo hacia la fenomenología existencial, con incipientes incursiones de psicoanálisis o psiquiatría dinámica. Creo que luego de leer el libro de [Alejandro] Dagfal terminé de entender lo que imperaba en la carrera en los años sesenta. Él explica muy bien la marca dejada por las prácticas psicotécnicas en las escuelas. Ese era el fundamento de muchas materias de diagnóstico y también de aspectos de Psicología Evolutiva, donde Mauricio Knobel fue mi profesor. En los 60, todavía se podían rastrear huellas de una extraña combinación entre positivismo y humanismo, que habitaba a la fundadora de la Carrera, Fernanda Monasterio —a quien no llegué a conocer—, que se enlazaba con la materia de Antropología, dictada por un catalán Juan Cuatrecasas —todos ellos exiliados de la España franquista—, impregnados del humanismo de la época, además de las huellas de cierto científicismo-experimentalismo de los fundadores de la propia Universidad [Nacional] de La Plata.

Cuando empezamos a cursar tercer año, se produce la necesidad de llamar a concurso una materia denominada —para mi extrañamente— Psicología Diferencial. Y empieza una movida de los estudiantes de los últimos años, para poder elegir un profesor que nos brinde nuevas herramientas de trabajo con grupos. Como los estudiantes todavía tenían peso, a pesar de la dictadura, cuando una cátedra iba a llamarse a concurso, alguien nos avisaba y empezábamos a buscar profesores que pudieran venir para esa cátedra. Eso era una práctica bastante habitual en la Facultad [de Humanidades y Ciencias de la Educación]. Íbamos a buscar referencias teóricas y datos de su experiencia y elegíamos a quienes queríamos que se presentaran. Y había que convencerlos. Entonces una vez que alguien se entusiasmaba, se trataba de que en el jurado no pusieran ninguna trampa, y se hacía el concurso público. Trabajábamos para asegurar la presencia en las clases públicas. No teníamos más que la presencia en las clases, según la ley universitaria. La presencia de un montón de estudiantes aplaudiendo la clase generaba un impacto. Logramos que se presente Armando Bauleo, que era un pichoniano de ley, y se lo designó. Fue uno de los profesores que nuestro grupo más amó y marcó a los que nos empezaban a interesar las prácticas grupales. Lo seguíamos en congresos y seminarios. En tercer año había un profesor que me interesaba muchísimo, tanto que cursé con él dos años seguidos. Era muy conservador y reaccionario en política, pero un profesor excelente: Luis Felipe García de Onrubia. Dictaba una materia que se denominaba Psicología Contemporánea. Yo hasta hacía apuntes en los exámenes que él tomaba, y él me preguntaba ¿Cuándo va a rendir, Bozzolo? Luego supe de su recorrido en la UBA [Universidad de Buenos Aires] acompañando la intervención de la dictadura de 1976. En cuarto año, ya en la especialidad, curso en una cátedra psicoanalítica, pero denominada tímidamente Psicología Profunda, que estaba dictada por Emilio Dupetit y el

psicoanálisis empieza a ser leído en muy diversas versiones: Freud, Klein, José Bleger, Enrique Pichón-Rivière, etc. empiezan a ser clásicos en los diversos Trabajos Prácticos. La formación de esa generación no fue muy rigurosa, pero nos indujo a la apertura disciplinaria, ya que no veíamos con buenos ojos las teorizaciones y las prácticas muy cerradas. Nos influía también la antipsiquiatría europea. Eran los tiempos en que en Buenos Aires [Ciudad Autónoma de Buenos Aires] se producían los debates en las instituciones psicoanalíticas, que luego produjeron sismos y rupturas de diverso tipo, como sucedió en la APA [Asociación Psicoanalítica Argentina] con los grupos Plataforma y Documento. En Humanidades seguía habiendo una mezcla, donde permanecía una fenomenología, en la versión existencialista, y primaba un eclecticismo humanista.

La cátedra de Emilio Dupetit era la de psicoanálisis, pero transaccionalmente se denominaba Psicología Profunda. Era un tipo que venía de otro palo, no era sólo un psicoanalista. Emilio Dupetit era amigo de Pichón. En una clase habló mucho de otro amigo: Rodolfo Walsh. Fue mi psicoanalista mucho tiempo, con él hice mi primera experiencia de grupo terapéutico, hasta que lo matan a Enrique Rusconi y empezó a ser difícil seguir haciendo algunas cosas, entre ellas, esa terapia de grupo. El terror empezó a separar algunas amistades. La muerte de Enrique sacudió a mucha gente que lo quería personalmente y que lo apoyaba, pero que de pronto vio cómo ya no era más sólo una militancia en el movimiento estudiantil, era la muerte. Muchos se replegaron en sus pueblos, se desagregó la actividad militante, yo quedé sin inscripción orgánica porque con mis compañeros había mucha discusión sobre el papel de los docentes y los intelectuales y si había que dedicarse a la clase obrera. Fueron tiempos de soledad. Yo había armado otra pareja, con un compañero más joven, estudiante de Filosofía, que militaba también en el movimiento estudiantil, que tuvo que abandonar la filosofía porque la CNU [Concentración Nacional Universitaria] se llevó todo el legajo de la ficha de él de la Facultad de Humanidades. Bueno, esto para que vean un poco cómo era la relación que tenía la Universidad con la militancia y la represión. Así fue como terminamos yéndonos a la ciudad de Buenos Aires, en julio de 1975.

— ¿Cómo convencieron a Armando Bauleo para que se presentara al concurso de Psicología Diferencial?

Armando era un tipo al que, creo, lo que más le interesaba era la política. Le interesaba también la experiencia de trabajar con jóvenes en su formación teórica. Era muy buen clínico, por lo que recuerdo de sus intervenciones con psicóticos o adictos. Me marcó mucho su forma de ser, muy desprejuiciado, poco acartonado. Otro hito importante para nuestra promoción fue el debate por el Plan de Estudios, durante el último tramo de la carrera, año 69 o 68. Se rumoreaba que se estaba pensando en cambiar el Plan de Estudios. Algunos estudiantes nos propusimos tener participación en la reforma del Plan y esto se transformó en que se armaran varios grupos para realizar sus propuestas. Constituimos una alianza entre estudiantes de dos agrupaciones de la Facultad [de Humanidades y Ciencias de la Educación]. Nosotros le pedimos el asesoramiento a Bauleo para armar una propuesta. Nos veníamos a Buenos Aires [Ciudad Autónoma de Buenos Aires] a las seis de la tarde en colectivo y volvíamos a las dos de la mañana, después de estar con él en su consultorio discutiendo qué materias sí y qué no.

No sé si podré encontrar el listado de materias, lo tenía, pero no sé si no lo tiré sin querer. Tal vez lo tenga con la colección de “Lo grupal”.

— **¿Conservás la colección de “Lo grupal”?**

Sí, completa. Pensé que la había perdido. Pero se la había prestado a una colega de la Cátedra [Psicoterapia II, Facultad Psicología de la Universidad Nacional de La Plata]. Bueno, con esto de [Armando] Bauleo y los planes de estudio, creo que se produce una situación singular en la Facultad, que, me parece, viene bien para la historia. Todo el mundo estaba discutiendo el asunto de qué era mejor poner en un plan de estudios de Psicología. Los planes fueron dos: uno que era muy extenso, lleno de bibliografía y muy disciplinario, alrededor de la psicología, el psicodiagnóstico, la psicología experimental; y el nuestro, que era bastante sintético en su presentación, pero muy clínico y con una orientación althusseriana, en el sentido de cómo entendíamos la teoría como una práctica fundamental. Ganó el nuestro en asamblea estudiantil y no pasó nada con eso a nivel de la Facultad... Pero aprendimos mucho.

Lo habíamos elegido a Armando [Bauleo] sobre todo porque el primer año en que él vino a La Plata habíamos cursado un seminario dirigido por él, con clases expositivas y grupos operativos que convocó muchísima gente que se llamó “Qué es la Psicología”.

— **¿Cómo fue ese curso?**

Fue todo un seminario teórico-práctico, con un equipo de coordinadores de los grupos. Se hizo en ATULP [Asociación de Trabajadores de la Universidad Nacional de La Plata], era el sindicato de trabajadores no docentes, que era muy solidario con el movimiento estudiantil. Nos prestaron el edificio de la calle 44, que era la sede del sindicato, eran tipos muy macanudos.

— **Armando Bauleo fue asesor en varias instancias...**

Sí, en varias instancias. Ya estaba como Profesor, él organizó este curso que se llamó “Qué es la psicología”, que se daba en ATULP [Asociación de Trabajadores de la Universidad Nacional de La Plata] una vez por semana durante seis meses, más o menos. Muchos hicimos el curso, y los que coordinaban las mesas, los grupos operativos, después de clase, eran colegas más avanzados, con cierta experiencia. Era el modelo pichoniano clásico, el modelo de las experiencias acumulativas de [Enrique] Pichón [Rivière]. Entonces Armando [Bauleo] daba clase, a veces alguno más de los miembros de su equipo lo ayudaba en la clase teórica, y después había grupos operativos. Y los grupos que funcionaban en las aulas de ese lugar del sindicato estaban coordinadas por jóvenes colegas, algunas de La Plata y otras de Buenos Aires. Fue una muy buena experiencia. Otra experiencia paralela a la de cursar la Carrera, fueron los “Encuentros de la revisión crítica de la Psicología”. Ya habían hecho uno o dos y Bauleo estaba en la organización de uno de ellos. En esos tiempos y en ese ambiente solían producirse rupturas dentro de los mismos congresos. Si no se estaba de acuerdo con alguna medida, el costo o las coordinaciones, etc., se armaban congresos o encuentros paralelos. Muchos congresos se rompían por razones varias... era el clima de época, creo que debe ser difícil entenderlo hoy. El grupo que lo rompía, siempre hacía planteos “queremos entrar gratis”, “los estudiantes no tienen plata para hacer el congreso y tienen derecho de entrar” y se armaba un “tole tole”. Y terminaban armándose dos congresos: uno paralelo y otro el congreso oficial. Obviamente estábamos en el paralelo.

—Esto durante los años 68 y 69...

Sí, 68, 69 y hasta el 71 y el 72. Todos esos años fueron así, de mucha convulsión. Por ejemplo, yo recuerdo un congreso de psicoanálisis de la familia, o algo así, al que concurrí sola. Lo presidía un psicoanalista de Buenos Aires especializado en familia, muy reconocido, que luego se fue a vivir a Estados Unidos y trabajaba desde la perspectiva sistémica. En esa ocasión era un congreso formal, en el Aula Magna de Medicina de la UBA [Universidad de Buenos Aires], que es enorme, y estábamos escuchando una presentación y de pronto caen nubes de volantes irrumpiendo con consignas desde los pisos de más arriba. Estaban firmados por el FRATAC, que era el Frente de Trabajadores de la Cultura. Bueno ustedes seguramente no entienden si les digo que eran trotskistas, porque creo ustedes les dicen “troskos” a los que son muy de izquierda, ¿no?

— ¿A qué te referís con el término? ¿Tiene que ver con los “bolches”?

¡Claro! Actualmente se usa el término “troskos”, como “bolches” se usaba en nuestra época. Nosotros nos reivindicábamos como “bolches”. ¿Qué quería decir? Los bolcheviques eran, en Rusia, los que hicieron la Revolución, dirigidos por Lenin. Eran leninistas. Los otros eran mencheviques, que eran los que defendían la alianza con la burguesía. Decirle a alguien “sos un bolche” era decirle a alguien que era muy zurdo. La calificación de “trosko” que se usa actualmente viene a reemplazar a “bolche”. Pero no es por fidelidad a León Trotsky que se la usa. En cambio, para nuestra generación ser “trosko” era ser trotskista. Es difícil darle significados fuera de situación histórica. Sería que los “bolches” son los que pugnan por la hegemonía del proletariado y dirección por el Partido de esa clase... A lo Lenin: no proponés una alianza de clases o, si la sostenés, es con dirección proletaria. Han cambiado tanto las condiciones, que las significaciones que damos a las palabras también. En ese entonces algunos de los que nos sentíamos “bolches”, después fuimos “chinos”, porque estábamos muy interesados en la experiencia china, de Mao Tse-Tung. ¡Qué extraño es decir esto en este año!!!

Las organizaciones políticas revolucionarias eran organizaciones con una serie de cuidados y de principios que se guardaban mucho. Las citas, las reuniones clandestinas, en las casas a las que ibas sin saber dónde quedaba... Había montones de cosas que cuidábamos. Eso en parte preservó a muchos en la dictadura. Había muchas cosas de esas que protegió la clandestinidad de las organizaciones. ¡Siempre me pregunto cómo sería ser clandestino en esta época, con los celulares y su geolocalización!

Y volviendo a Psicología, [Armando] Bauleo fue una marca fuerte de algo distinto. En sus teorizaciones armaba, de diversas fuentes, algo ecléctico y cercano a cierta fenomenología. La fenomenología como perspectiva habitaba varios sitios del plan de estudios anterior, estaba en [Luis María] Ravagnan, estaba, en parte, en [Juan Carlos] Pizarro que era el profesor de Psicodiagnóstico y que fue Jefe del Departamento de Psicología durante muchos años.

— ¿Lo conociste a Juan Carlos Pizarro?

Sí. No sólo lo conocí, hasta hace poco tiempo tuve las tacitas de un juego que me regaló cuando me casé con mi primer marido. Juan Carlos Pizarro era un tipo amoroso, fino, homosexual, oligarca, traje cruzado, canoso y muy prolijo, todo cuidado, pero nada pacato. Un tipo librepensador con fachada de oligarca. El Departamento de Psicología era nuestro lugar, el de los

que nos gustaba charlar con él de psiquiatría o de literatura, y también donde nos reuníamos de manera clandestina durante el gobierno de [Juan Carlos] Onganía. El Departamento de Psicología quedaba en calle 54 entre 7 y 8 [ciudad de La Plata], una casa vieja, donde, con mi primer compañero, hicimos la despedida de solteros, porque nos casamos. Hicimos una fiesta buenisima con todos los amigos de las diversas facultades, recuerdo la bañadera llena de cervezas. Él era un tipo a quien lo que hacíamos los jóvenes le parecía maravilloso. Un día, una amiga venía del Sur con él, que siempre invitaba a su casa de Bariloche. Venían en la ruta y los para el ejército, y le preguntan a Pizarro: “¿Qué llevan ahí?” y él dijo “bombas”. Obviamente dicho por ese tipo con ese estilo, se rieron y le dijeron “siga nomás”. Tenían un montón de materiales políticos que habían llevado para leer. Era un muy buen tipo. Bueno, la fenomenología era la corriente de muchos de esos personajes, él daba Psicodiagnóstico, pero era además un tipo muy consultado sobre cuestiones clínicas.

De lo que no les conté nada es de la cátedra de Psicopatología, que dictaba el Dr. [David] Ziziemsky, Director del Servicio de Psicopatología del Hospital de Niños de La Plata, Sor María Ludovica. Fue el Profesor que marcó a mucha de la gente que luego tuvo esa materia. Graziela Napolitano era una de ellas, pero eran muchas más, de las que he olvidado sus nombres. Eran un equipo muy calificado para realizar diagnósticos y tratamientos con chicos. Ziziemsky era un tipo muy reconocido en diagnóstico psiquiátrico. Yo aprendí un poco la semiología psiquiátrica de los trastornos del pensamiento, a diferenciarlo de los trastornos de la afectividad. En esa época nos hacían presenciar las mostraciones e indagaciones clínico-psiquiátricas, que realizaba en Romero [Hospital Interzonal de Agudos y Crónicos “Dr. Alejandro Korn”].

— **¿Veían las diferencias entre funciones superiores e inferiores y sus áreas?**

¡Sí! Todo estaba clasificado. Me parecía algo muy útil la semiología psiquiátrica fina. En mi clínica nunca me dediqué a realizar psicodiagnóstico, pero siempre me resultó útil conocer las diferentes perturbaciones o trastornos para no interpretar sin conocer las condiciones de recepción de cada paciente. Hoy la tecnología avanzó muchísimo y localiza a través de imágenes y otros medios y tecnologías diagnósticas. Pero, en ese momento, en las entrevistas de Romero [Hospital Interzonal de Agudos y Crónicos “Dr. Alejandro Korn”] era impresionante escucharlo. En ese entonces no se hacía ninguna objeción acerca de las afectaciones que podía tener el paciente y nadie consideraba, o al menos no era enunciado como parte de una política de maltrato, la exhibición del paciente. Creo que nunca oí hablar de los derechos del paciente durante toda la carrera. En mi experiencia, no me marcó demasiado esa cursada, me parecía muy lejana esa práctica ya que creía que mi clínica iba a ser con grupos e instituciones, no pensaba que iba a terminar haciendo psicoanálisis y psicoterapia individual de consultorio, y todavía no había encontrado las transversalidades entre esas clínicas. Siempre intuía una clínica no sólo psicológica, una “clínica ampliada”, como la nominé cuando lo pude formular en mi propuesta para la cátedra Psicoterapia II [Facultad de Psicología, Universidad Nacional de La Plata].

— **¿Podés vincular lo que estás comentando con la “identidad del psicólogo” como psicoanalista y como agente de cambio? Me pregunto si había algo de este legado blegeriano, de Juana Danis, de aquellos psicólogos que se insertaban en el campo comunitario...**

Sí, claro que había una influencia de la pareja Pichon-Bleger. Los nombro así porque José Bleger era psicoanalista, muy estudioso y publicaba bastante, mientras que [Enrique] Pichón [Rivière] era un tipo muy culto, pero muy bohemio. Hacía experiencias muy originales y no publicó nunca mucho más que algún artículo cortito. Pero Bleger tomó sus aportes y cuando miramos el reconocimiento de Bleger que realizan [Didier] Anzieu y [René] Kaës, que son miembros del CEFRAP [Círculo de Estudios Franceses para la Formación y la Investigación Activa en Psicología Dinámica de la Personalidad y Grupos Humanos] podemos reconocer el pensamiento de Pichón Rivière. Ahora bien, tu pregunta me dispara muchas cuestiones que no podríamos profundizar acá. En aquella época, los 60 y 70, en La Plata coexistían diversas clínicas y teorías, a veces eclécticamente y a veces pugnando por hegemonizar. La idea de clínica aludía a prácticas de salud mental de diverso tipo: comunidades terapéuticas, grupos terapéuticos, psicoterapia de familia junto a la crítica de la familia como institución. Surgían las terapias institucionales, el trabajo en ámbitos no cerrados: cárceles, escuelas, etc. Ese era nuestro caldo de cultivo. Todo eso influyó en mí, que además había entrado en Psicología muy interesada por lo que denominábamos “lo social” y “lo comunitario”. La cuestión de la definición del rol del psicólogo estaba muy abierta en ese momento y continuó estando para muchos. La idea pichoniana de “agente de cambio” no era muy académica, sino política, y la sostenía tanto el desarrollismo como el progresismo de izquierda. El cambio era lo nuevo, pero lo que estaba en pugna era qué cambio.

Hay otra dimensión de las prácticas profesionales que tienen una enorme incidencia en este debate: las prácticas comunitarias e institucionales requieren de un Estado que sostenga económicamente, y nuestro Estado Nacional ya daba indicios de no estar en condiciones de hacerlo. Crecía el trabajo *ad honorem* entre los psicólogos de hospitales de las grandes ciudades. Entre nosotros, el debate se realizaba con la pregunta por el “rol del psicólogo” más que por la identidad. Una diferencia enorme se abrió luego entre la Capital Federal [Ciudad Autónoma de Buenos Aires] y las provincias: en Buenos Aires [Ciudad Autónoma de Buenos Aires], el ejercicio de la profesión se fue transformando en práctica privada y liberal. Todavía no se había encabalgado psicología y psicoanálisis como luego lo hizo. Pensemos también que el pensamiento de la función social de las disciplinas del conocimiento, citando a Foucault, fue posterior, al menos en nuestras lecturas. Era una disciplina muy joven, que debía metabolizar sus antecedentes europeos en América Latina, o, mejor dicho, en Argentina, que no terminaba de convencerse que era un país latinoamericano. La “revolución”, ya no sólo la rusa que era lejana y algo exótica para muchos, sino la cubana, acercó ese significativo a nuestras tierras. Pero en nuestra formación, nuestros referentes eran europeos. Creo que tu pregunta debería ser tratada en otra entrevista o en otro proyecto de investigación, al que me sumaría con entusiasmo, ya que hoy hay condiciones de pensamiento sobre la cuestión que implican a todos los términos. ¿Nos sirve pensar la identidad de los psicólogos? ¿Qué es la identidad?, ¿Qué implica el campo de la psicología? ¿Qué es el cambio? ¿Quién y para quiénes es el cambio?

De hecho, en la institución de Buenos Aires de la que soy socia [Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo] estamos dando un curso este año, y de golpe irrumpieron tres chicos de La Plata y fue otra cosa distinta a lo que circulaba entre los psicólogos porteños. Hay algo diferencial, para mí, a favor de La Plata: hay como una marca donde la Psicología no queda encerrada en la práctica liberal. Claro porque acá en Buenos Aires, bajo el significante “salud mental”, se nombra sin diferenciar a los profesionales que trabajan *ad honorem* largos años, a los que están rentados en los hospitales o centros de salud mental y a los que realizamos un ejercicio liberal de la profesión de forma privada, o semiprivada, en las prepagas. En Buenos Aires está la meta de tener el consultorio. Allá, en La Plata, creo que no todo psicólogo siente que no es psicólogo si no tiene pacientes en el consultorio. Aunque hoy se puede detectar un crecimiento importante de la práctica liberal. Yo trabajo capacitando y supervisando a psicólogos de distintas provincias y hay diferencias importantes en sus recorridos profesionales.

Entonces, la Carrera tenía un contenido de ese tipo. Y La Plata creo que sigue teniendo ese sesgo. En La Plata no influye sobre esto qué profesor está y qué dirección política tiene, sino que La Plata tiene una conformación estatal. Quizás, para tratar de entender mi recorrido profesional empecé con la historia de mi padre. Esto es algo que fui entendiendo cuando empecé a pensar con Ignacio Lewkowicz —autor del libro *Pensar sin Estado*— que me decía “La Plata es eminentemente estatal”. Hay una dimensión de lo estatal que trama las prácticas de las vidas de La Plata y probablemente también de las provincias del país. El Estado es importante en La Plata, es la capital de la Provincia. Funciona toda la estructura administrativa del Estado de la provincia de Buenos Aires. Hay algo de la “subjetividad estatal” en La Plata que incide sobre la Facultad [Universidad Nacional de La Plata], sobre las prácticas de docentes y estudiantes que se ganan la vida trabajando, muchas veces en esa misma estructura administrativa. El lugar de la creación de la Carrera, en la Facultad de Humanidades [y Ciencias de la Educación] de La Plata, tiene la marca de la ciudad capital de la Provincia, en una época con gran avanzada de las ciencias y consolidación del Estado Nacional.

Nosotros estábamos hablando igualmente de los 60 y 70, que fue cuando habité como estudiante la carrera de Psicología. Luego, en el año 73 o 74, el Ministro de Educación de [Juan Domingo] Perón nos dejó cesantes a todos los docentes interinos, es decir, no concursados, de las facultades, de todas las cátedras, de todos los equipos de investigación. Ahí es donde pierdo los dos laburos: el de la docencia en Humanidades y el del gabinete en el Colegio Nacional. Eso fue en el año 74, con el objetivo de limpiar la Facultad de los “bolches”. “De las facultades tienen que desaparecer esos extranjerizantes y subversivos”, decían. Ese es el período en el que la Facultad fue un páramo, con muy pocos docentes. Y yo dejé de ir por esos pasillos que tan familiares me resultaban.

—Alguna vez, dentro de tu tránsito por la Facultad —en Humanidades o en la Facultad de Psicología—, ¿fuiste Consejera?

No, no. Antes no había nada, no había gobierno de los claustros en la Facultad. Desde el año 66 hasta que me recibí, nunca tuve universidad democrática. Todo era elegido a dedo. No se convocaba, por tanto, a concursos. Como si no hubiera existido la Reforma Universitaria de 1918.

A [Raúl] Ballbé, el decano nazi, lo echamos. En medio del Cordobazo se fue corriendo. Cuando el Cordobazo logra hacer caer a [Juan Carlos] Onganía, se logra el denominado sábado inglés —sin trabajo a la tarde—, se conceden reformas reclamadas por los obreros, y en la universidad se reclaman los concursos. Ese movimiento no llega a efectuarse nunca, porque el país no vuelve a normalizarse institucionalmente, hasta después de la última dictadura.

Llega el golpe de 1976, con [Jorge Rafael] Videla, y la Universidad era un territorio donde la ley de la Reforma Universitaria no se cumplía. Por eso, la bandera de la Reforma siguió de estandarte, aunque en el país empezaron otros horrores que no habíamos imaginado padecer, que desplazaron a la docencia en mi recorrido, mis tribulaciones me llevaron para otros campos. Las condiciones de efectuación del terrorismo de Estado armaron la singular y siniestra modalidad del secuestro y la desaparición de personas. Durante el período siguiente al golpe la represión fue casi siempre en las sombras, oculta y negada por parte de las fuerzas militares. Pero empezó rápidamente la resistencia de los familiares de los desaparecidos, durante un tiempo sin ese nombre que fue acuñándose en esa resistencia. Simplemente decíamos “se lo llevaron”, “no sabemos dónde está”. Durante los primeros años de la dictadura, yo ayudaba en cuestiones como alojar a alguna madre que venía de una provincia a denunciar el secuestro de su hijo. Eran formas posibles de resistir. Esta logística de colaboración, la lectura de materiales de denuncia, la charla con algunos de esos familiares en un café al que los acompañábamos, me fueron acercando al movimiento de Madres de Plaza de Mayo, de tal manera que cuando se decide armar un Equipo de Asistencia Psicológica, me sumo al núcleo de ese equipo, integrado inicialmente por cinco personas.

Empezamos a escuchar a las madres que se encontraban mal, angustiadas cuando recibían alguna noticia de su hijo o hija, por parte de algún secuestrado que era liberado, y apreciábamos el intenso efecto que tenían sus compañeras haciendo tareas entre ellas, imprimiendo algo, hablando con periodistas, y sobre todo preparando sus marchas de los jueves a la tarde. Y fuimos empezando, sin demasiada conciencia de ello, a diseñar modos de posicionarnos en esos singulares abordajes. Por seguridad, no tomábamos notas de las entrevistas, pero sí empezamos a escribir lo que procesábamos en el equipo. Tuvimos un primer encuentro, no recuerdo la fecha, con otros colegas que trabajaban para otros organismos, que empezaban a denominarse de esa manera: organismos de Derechos Humanos, todos integrados por familiares de personas desaparecidas. El debate fue principalmente acerca de ciertas nominaciones: duelo, desaparición forzada... Fueron muchos nombres que caían y se acuñaban otros, había una disputa política por las nominaciones que las Madres tenían muy clara. Eran una máquina de imaginar consignas: “¡Aparición con vida y castigo a los culpables!” “¡Con vida los llevaron, con vida los queremos!” Fuimos entendiendo la singularidad de esa agrupación y elaborando formas de trabajo grupal, que tomaba cuestiones de nuestra formación e inventaba otras. Admirábamos su potencia, que se confirmaba con el lugar que habían logrado con tan escasos recursos. Habían logrado visibilizar el horror de la represión en nuestro país, viajado, visitado autoridades de países lejanos, y habían logrado la visita de organizaciones internacionales y apoyo económico como para alquilar otra casa. Durante un tiempo no teníamos espacio propio para trabajar, la casa de las Madres

era un pequeño departamento de la calle Uruguay, cerca de Tribunales [barrio de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires]. A veces, si necesitábamos cierta privacidad, nos metíamos en un espacio, casi un placard, de la fotocopidora. Luego en la medida en que se produjo la consolidación institucional y se empezó a recibir ayuda económica se mudaron cerca de la Plaza del Congreso. Allí tuvimos una habitación pequeña, pero podíamos tener reuniones con una familia si era necesario. Íbamos de a dos a la casa, a veces más seguido, a veces menos, y nos reuníamos una vez a la semana para dialogar sobre la experiencia. Seguimos siendo cinco miembros bastante tiempo hasta que el trabajo nos desbordó. Nos invitaban de algunas instituciones del interior del país a contar la experiencia, o a trabajar con escuelas, o sindicatos que estaban procesando la angustia que producía conocer o constatar el horror sufrido por algunos de ellos. Íbamos a reconocer lugares que habían funcionado de “chupaderos” [centros clandestinos de detención]. En cada ciudad que visitábamos se presentaba alguien que pedía conversar o alguien que contaba una experiencia sufrida, que nunca había compartido con otro. Se producían verdaderos espacios de elaboración colectiva y fuimos aprendiendo de sus efectos. Entendíamos que el movimiento de las Madres se constituía en un analizador, en el sentido del análisis institucional, y que éramos mediadores afectados por el proceso de análisis. Publicamos el primer libro sobre los *Efectos psicológicos de la represión política*, que editaron las Madres, y su venta fue en beneficio de la Organización. Nunca cobramos en la tarea asistencial. Cuando nos incorporamos a esa tarea, lo vivimos como una oportunidad de preservación personal, de solidaridad con el movimiento que hacía punta en la resistencia a la dictadura, que aún hoy agradezco haber realizado.

Creo que ha sido la experiencia más fuerte en mí recorrido profesional y que me marcó más que cualquier otra. Aprendí, investigué, conocí, produje escritos que me llevaron a otras experiencias clínicas de tipo límite o catastrófica. No me he alejado de ciertas temáticas y hoy son insumos de otras prácticas, como herramientas en procesos de autogestión, en análisis de instituciones, o en abordajes de salud, supervisión de tareas comunitarias, etc., y formó parte de mi capital para armar la modalidad de trabajo con los estudiantes y con los compañeros de la cátedra Psicoterapia II [Facultad de Psicología, UNLP]. El equipo dejó de existir como tal en el momento en que las Madres necesitaron otro tipo de apoyos. Nosotros habíamos duplicado la cantidad de miembros y seguimos trabajando asistiendo a hermanos, padres, madres y demás familiares de desaparecidos. También algunos de nosotros asistimos a ex detenidos. El movimiento fue transformándose, tomando otros rumbos. En 1989, ya desprendidas de la organización de las Madres, tuvimos discusiones, diferencias teóricas, de criterios clínicos, se impusieron intereses personales y diferencias políticas, y se disolvió el equipo.

Yo había dejado de acordar con el PCR [Partido Comunista Revolucionario] y empezaba un recorrido distinto de pensamiento. Para procesar en pensamiento el duelo por el fin de semejante experiencia, constituimos un equipo de tres, con dos colegas, Marta L’Hoste y Osvaldo Bonano, con quienes habíamos compartido mucha de esa experiencia en Derechos Humanos. Fuimos armando una pequeña producción escrita acerca del trabajo con grupos que fue el inicio de un trabajo constante que duró veinte años haciendo intervenciones institucionales, supervisando equipos de profesionales, colaborando con residencias, realizando talleres de elaboración de lo que denominábamos

trauma social, brindando seminarios teórico-clínicos. Esa experiencia culminó con la publicación de un libro en 2008: *El oficio de intervenir. Políticas de subjetivación en grupos e instituciones*.

Retomando la pregunta, fue en el año 2001, cuando me presenté para la cátedra Psicoterapia II de la Facultad de Psicología [Universidad Nacional de La Plata]. Cuando el pase a facultad se efectivizó, entre los estudiantes se rumoreaba que me iban a proponer algo. Yo acepté ser Consejera y, justo al año, me retiré. El Consejo ya se había normalizado y había que elegir nuevos consejeros. No me sentía muy cómoda, no vivía en la ciudad, trabajaba mucho en Buenos Aires [Ciudad Autónoma de Buenos Aires]. No me resultó muy productivo. Intenté revisar el Plan de Estudios y todo se trababa. Tenía la sensación de que no era en el Consejo donde se podían realizar experiencias potentes y las cuestiones de la Facultad parecían estar decididas afuera de ese ámbito y con criterios que yo no compartía.

—Entonces, recapitulando, el período que va desde tu graduación y tu participación en la cátedra de Higiene Mental hasta el momento de hacerte cargo de Psicoterapia II es de alrededor de 40 años...

No sé si 40... ¿Tantos? En el 75 nos vinimos a vivir a Buenos Aires [Ciudad Autónoma de Buenos Aires]. Ya hacía un semestre que no trabajábamos en la Universidad. En el 2000, me presenté al concurso de Psicología Social y perdí, porque mi opositor tenía una maestría y eso constituía antecedentes académicos que yo no tenía. Así que menos de 40 años. Me gustó preparar aquella clase de oposición. La hice grabar e invité amigos para que escuchen las dos clases. Y, aunque perdí, sabía que de tener título de posgrado yo ganaba, había dado una excelente clase. Luego la publiqué —con cierto orgullo— en la Revista de la AAPPG [Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupos]. En el 2001, ¡qué año!, me avisan del concurso de Psicoterapia II y en febrero del 2002 se efectúa la clase de oposición. Reviso el contenido mínimo requerido para la asignatura y veo que, en un lenguaje muy antiguo, plantea que esa materia debe dictar las psicoterapias de más de una persona, mientras que, Psicoterapia I, las individuales. Primero no sabía si presentarme hasta que decido problematizar esa idea numérica de la clínica y, luego, siguiendo la perspectiva en la que yo ya estaba instalada, problematizo la noción misma de psicoterapia y reformulo la idea de clínica. Es decir que encontré una fisura para poder desarrollar la problemática de la subjetividad, que era el recorrido en el que venía trabajando tanto en mi clínica como analista de grupos, de parejas, familias o instituciones.

—También hiciste un recorrido en el trabajo con grupos, por ejemplo, en la AAPPG [Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo].

Sí, sí, pero digamos que yo no iba a dar psicoterapia vincular ni hablar de las diferencias de dispositivo, de si son uno, dos, cinco o doce personas, sus habitantes. Lo singular no se da por lo numérico, como parecían indicar los contenidos mínimos. Lo que me importaba era la singularidad de cada situación clínica y las diferencias y los posibles de cada abordaje.

—Entonces, ¿cómo fue la construcción de tu práctica en esta migración de La Plata a Buenos Aires [Ciudad Autónoma de Buenos Aires]?

Hemos salteado una experiencia fundante en mi recorrido durante la dictadura de [Jorge Rafael] Videla. No hablamos de eso, porque nos detuvimos con lo de Madres [de Plaza de Mayo] y

algunas cuestiones de mi inserción en la Facultad... Quedamos sin trabajo, mi compañero y yo. A mi compañero, mi exmarido, lo habían llevado preso y le habían preguntado por mí, por lo que empezamos a pensar en salir de la ciudad, sin dejar el país. Él había sido jugador de vóley y consigue trabajo como ayudante de entrenador. Y yo tengo una oportunidad de trabajo, como capacitadora y supervisora de los grupos de las clases. Milagrosamente mi madre ve un aviso en el que pedían psicólogas en unos institutos de lectura veloz y memoria, ILVEM se llamaba la empresa. Decidimos mudarnos, porque debíamos volver muy tarde a La Plata y la primera noche secuestran a un compañero de militancia del movimiento estudiantil, que militaba muy cerca de él, por lo que apresuramos la mudanza a un departamento en Buenos Aires. Yo decido que a La Plata sólo vuelvo a atender pacientes una vez por semana, quedándome a dormir en el departamento de mis padres en la ciudad. Pero también empiezo a hablar con los pacientes platenses de la posibilidad de que los atendiera en Buenos Aires. Ya era difícil llegar a La Plata, porque la [policía] bonaerense cortaba la ruta. Y bueno, con bruta tristeza, había que fundar una vida clandestina, sabiendo que venía el golpe y que iba a ser feroz. Las organizaciones de militantes estaban bastante dispersas. Era mejor Buenos Aires. Teníamos trabajo y no nos conocía nadie. Empezamos a charlar muy acotadamente con los compañeros de trabajo de ILVEM, tomábamos cerveza en algún bar y me hice una amiga con la que algo se podía hablar. Era porteña y peronista. De ILVEM secuestraron a varios compañeros al año siguiente, que también eran pibes con historia militante. Me dediqué a trabajar en ILVEM y a atender a los pocos pacientes que tenía, algunos de La Plata que trabajaban en Buenos Aires, y a otros que alguien me derivaba. Terminaba tarde, trabajaba los sábados. No tuve más contacto con la Facultad. Solo me encontré con platenses en el cumpleaños de [Enrique] Pichón Rivière, porque le hicieron un homenaje que funcionó como una fiesta rara de llantos y abrazos. No vuelvo a hacer nada en La Plata y, lentamente, me contacto con mis compañeros de militancia. Ya estábamos en el 76, en dictadura. Ya estábamos en el momento más horrendo. Luego, me separo del compañero con el que nos habíamos venido a Buenos Aires y me quedo viviendo sola. Sigo trabajando *part-time* en ILVEM y como psicóloga de consultorio. Yo había empezado a atender pacientes en La Plata cuando mucha gente de la Facultad me pedía si los podía atender. No era mi sueño, pero me interesaba poder ayudar a quienes les costaba encontrar un analista de confianza política... y la paranoia no era solamente patología.

— ¿Era frecuente esa práctica de consultorio, teniendo en cuenta la problemática en torno al ejercicio de la psicoterapia para los psicólogos?

En las instituciones no podías trabajar si un médico no te avalaba. La persecución era más simbólica y producía un efecto de inhibición, sobre todo cuando había que decidir si internar o no a un paciente. Si había un médico y un psicólogo discutiendo, te ganaba el médico. Vos no tenías poder legal. No existía el sistema prepago, muy instaurado hoy para la salud mental. Atendíamos de forma medio clandestina. Pero todo el mundo sabía que la psicóloga estaba en tal piso del edificio, y nadie decía nada. Antes del golpe no era perseguida la profesión, pero ya en Buenos Aires [Ciudad Autónoma de Buenos Aires] y en dictadura, se sospechaba de los consultorios y sobre todo de las actividades grupales. El Dr.

[Héctor] Fiorini, que organizaba grupos de estudio, en Buenos Aires, nos hacía entrar en grupitos muy chicos al consultorio en un seminario que cursé.

El debate sobre “el rol del psicólogo” y el ejercicio de la psicoterapia, durante muchos años fue un gran tema. Tengo papeles de muchas mesas redondas donde se discutía eso. Era un eje muy importante. En La Plata siempre fue “del psicólogo”, psicólogo de orientación psicoanalítica, pero psicólogo. Mientras que, en Buenos Aires, la mayoría de los “psi”, se autodenominan psicoanalistas. Acá el tipo que te dice que es psicólogo y no psicoanalista es alguien que en general está en contra del psicoanálisis. Ese es el problema, porque es binaria la manera del planteo: o sos esto o sos esto otro. Yo siempre digo que hago clínica psicoanalítica, que hago análisis institucional, no que soy psicoanalista, ni soy analista institucional. Son haceres, no identidades...

Esa fue mi entrada acá y me fui a un grupo de Fiorini que era el tipo que tenía cierta perspectiva clínica que a mí me parecía afín. Y así empecé a trabajar con gente de acá.

— ¿Se puede pensar, a partir de lo que mencionás, que ya existía antes de la dictadura de 1976 un desprestigio o una declinación del kleinismo?

Formulado así, no sé... Empieza a circular, a través de otros autores, lecturas de [Jacques] Lacan. Acuerdo en que empieza a haber un modo del ejercicio de la hegemonía teórica lacaniana un tanto tiránica, por un lado, porque hay un libro, un autor que resulta sinónimo y contraseña de “el psicoanálisis”. Revisando las producciones del psicoanálisis reconozco las tres fundamentales —[Sigmund] Freud, [Melanie] Klein y Lacan—, pero además hay “n” teorizaciones más, algunas de ellas desde otros paradigmas teóricos. Creo que el drama de las teorizaciones de nuestra profesión no es la existencia de tantas teorizaciones, sino la dificultad de imaginar y fundar perspectivas que se basen en los desarrollos que se están haciendo en las clínicas más variadas. Hay como una necesidad de “la teoría”, así como la del género, es una búsqueda antigua y religiosa. Es decir, que registro una tendencia a ignorar lo infinitamente determinable, como postulaba [Cornelius] Castoriadis, lo incierto, en la multiplicidad y variedad de las singularidades que hacen a las existencias. Hay también un intenso uso de la jerga, sobre todo lacaniana, como contraseña de pertenencia, tal como ocurrió con Klein. Yo prefiero trabajar conceptos puntuales, extraídos de algunas teorizaciones, registrando los efectos de su uso singular al modo de —aporte foucaultiano— una caja de herramientas. Me interesan hoy algunos pensadores contemporáneos para revisar las lógicas del pensamiento de cada teorización.

—Para finalizar ¿podrías mencionar a algunos de estos pensadores que hoy te acompañan en esta continua revisión de tu práctica?

Durante la postdictadura releí a [Michel] Foucault con mucho interés y tuve una influencia muy importante de Ignacio Lewkowicz, joven historiador con quien trabajé la incidencia del pensamiento contemporáneo de [Cornelius] Castoriadis, [Alain] Badiou y [Giorgio] Agamben, en el campo de la subjetividad. Pensar en este campo rompe con la escisión entre lo colectivo y lo individual que habita ciertos psicoanálisis, que cuando hablan de lo singular suponen que hablan exclusivamente del sujeto psíquico, excluyendo así lo singular de algunos acontecimientos sociales. Ese pasaje por la experiencia de pensar con Lewkowicz —que duró 6 años— me intervino

para revisar la experiencia política en la universidad y en los Derechos Humanos. Murió muy joven, a los 43 años, en un accidente. Durante esos años me fui empapando de Cornelius Castoriadis, que visitó Buenos Aires [Ciudad Autónoma de Buenos Aires] tres veces y dictó hermosos seminarios donde desplegaba conceptualmente la construcción imaginaria de la sociedad y nos permitió entender su fundamentación filosófica de la relación inextricable entre lo social y lo psíquico. Luego me fui acercando a la obra de René Loureau, sobre análisis institucional, y al psicoanálisis francés de grupos, de Didier Anzieu y René Kaës. Revisar la experiencia pichoniana de los años sesenta y setenta en nuestro país me resultó muy útil para diseñar dispositivos grupales que denominamos reflexivos, en homenaje a Castoriadis. Pero, en la actualidad, y desde hace ya casi diez años, estoy trabajando la obra de Giles Deleuze y de Félix Guattari, en grupos de pensamiento filosófico con Diego Sztulwark. Estos autores me abrieron a la lectura de pensadores varios que enriquecieron y complejizaron mis intervenciones, tanto clínicas como políticas, y me hicieron conocer el pensamiento de Maurizio Lazzarato, Bifo Berardi, Paolo Virno y Antonio Negri, todos italianos que provienen del movimiento *operaista italiano*. Ellos permiten pensar las nuevas formas de organización colectiva, la clínica institucional, vincular y de grupos, con un abordaje bastante singular, del que empecé a dar cuenta en mi presentación al concurso en el 2002, cuando volví a la Facultad platense —ahora sí— de Psicología, para acceder a la responsabilidad de armar una cátedra: Psicoterapia II. Gracias a ese gesto de audacia, los conocí a muchos de ustedes...

Buenos Aires, enero de 2020